

la excitaban rabiosos al desquite por un supremo combate. Cada herido les prestaba mayor coraje; y á la vista de los inmolados, ardían en fuego santo por el sacrificio. Estos afectos, naturales al heroísmo de verdaderos combatientes, enardeciáanse con la idea de que las muchedumbres del pueblo habían dado á sus enemigos el beso de paz, y sus enemigos las lanzaran al mercado de Judas. «Teníamos nuestros labios en las mejillas de los suizos, exclamaban los sobrevivientes, y nos metieron, aprovechándose de nuestra bondad, traídonamente, sus puñales en el corazón». Ya no había más que decir. Las grandes aspiraciones volaban con esos vuelos que llaman á los combates y consuelan de la muerte. Un entusiasmo, parecido á fuego purificador, acrisolaba todos aquellos corazones heroicos. Lo cierto es que las fuerzas defensoras del derecho divino, tan decididas, se desconcertaron á la presencia de una tan formidable rebelión, convertida en asoladora tromba, mientras imaginaban ellos haberla sometido de nuevo y encerrado en su lecho, dentro del cual no podía ya encrespase, y mucho menos salirse de madre. Ya estaban los realistas vendando los heridos y apercibiendo las indispensables maneras de retirar los muertos, al encontrarse con súbito retó no aguardado y con un ataque formidable. Efectivamente, los marseleses en fila se acercan, y abriéndola por medio de dos alas, á derecha é izquierda, muestran dos cañones, cuyas bocas despiden sobre los enemigos una encendida granizada de muerte. Tras aquel alarde inesperado de fuerza, los revolucionarios por excelencia del París aquel, ó sean los revolucionarios del barrio de San Antonio, llegan y ocupan todos los patios. El palacio arriba se convirtió en un volcán; el suelo abajo se convirtió en una carnicería. Por cada hueco y agujero del palacio despedían los sitiados un mar de plomo derretido que corría por los patios con el calor de las ardientes lavas, pareciéndose artillería y fusilería de suyo á las rojas piedras de una erupción ó á los misteriosos bólidos que turban el silencio de las alturas con sus tremendos estallidos. Fusilados de frente los revolucionarios, por las bocas de fuego que se abrían la fachada principal, fusilados de flanco por los gentiles hombres que ocupaban las galerías del Louvre y los balcones del pabellón de Flora, no se desconcertaron por nada; todo lo contrario, arremetieron al fuego asolador como los titanes al Etna en erupción. ¡Cuál diferencia entre los asaltantes y los asaltados! Las descargas fueron en tal número, el humo despedido por la pólvora de tanta densidad, el combate de proporciones tan ciclópeas, que alrededor del punto asaltado, se convirtió en oscurísima noche aquel día espléndido y pelearon entre sí los combatientes, como si hubieran caído en las cavernas caliginosas del infierno. Pero lo cierto es que todas las ventajas estaban de parte del palacio y todas las desventajas de parte pueblo. Peleaba este á pecho descubierto, tirando por tirar, sin ver el objetivo contrario en aquellas tinieblas, mientras los suizos parapetados tras las viejas y formidables paredes, podían tirar sobre una muchedumbre ó masa, en cuyo cuerpo no se perdía ni un tiro, y que diezmaban y disminuían estragos inenarrables. Mas el cañoneo de aquellos re-

volucionarios, que lograron oponer una pieza de artillería fuerte al fuego de los suizos, logró ahuyentar á éstos del patio y recluirlos en el vestibulo. Adelantaron los revolucionarios sus grupos hacia las puertas del alcázar; pero aquí les aguardaba una horrible calamidad, el fuego nutridísimo lanzado por las barracas puestas en sendas líneas á un lado y otro de la fachada principal, henchidas de soldados que lanzaron un fuego exterminador, al cual crecieron hasta centuplicarse los horrorosos estragos. Ya no hubo sino apelar á medios extremos de defensa. Y con efecto, el bando revolucionario disparó sobre las mortíferas barracas un tal número de granadas, que ardieron las tablas de aquellos improvisados reductos, inflamables como la yesca, y se armó un voraz incendio, en cuyas horribles llamaradas parecía próximo á consumirse todo el palacio. Descargas continuas y resistencias de varia fortuna; heridos que enrojecían los pavimentos con roja sangre de sus llagas recién abiertas; muertos ya podridos y hediendo el calor tórrido de aquella mañana canicular; metrallas por los aires; piedras y losas levantadas del suelo como á un terremoto; nubes del humo asfixiante; relámpagos de llamas en crecimiento; bamboleo de las torres y de los techos como las jarcias y los palos del buque naufrago al embate de la tormenta deshecha; desplome de tantas ruinas calcinadas; la caída de tantos infelices que morían á una con el centelleo de los odios en su vista y la maldición en sus labios al género humano y al mismo implacable Dios de las batallas, conmovían en términos que muchos de los presentes creyeron volverse locos y sufrir pesadilla siniestra generada por un sueño infernal.

Todo esto era muy horroroso; pero determinaba el triunfo á favor de la revolución. En el relato de las distribuciones del contingente defensor de las Tullerías, hecho por nosotros, indicamos de un modo clarísimo el espacio que ocupaba la gendarmería de á caballo y el estado de ánimo que tenía tal tropa. No puede olvidarse que ocupaban los gendarmes el patio del Louvre, Palacio Real también, cercano á las Tullerías, y que pasaban por una perplejidad, favorable más bien á los revolucionarios que á los realistas. Así, la incertidumbre suya hoy se nos aparece como causa primera de las desgracias realistas y como causa ocasional de la victoria popular. Si, al dispersar los suizos en el primer encuentro la gente popular, salen los gendarmes del Louvre á una en correcta formación, persiguen á dispersos y detienen á los asaltadores, otra suerte corriera la causa popular y otro gallo cantara de seguro á la Monarquía y al Monarca. Las tropas helvéticas, tropas de á pie, compuestas por infantes muy curtidos y muy valerosos, pero incapacitados de moverse como se mueve la caballería, pudieron derrotar á los populares, mas no pudieron dispersarlos. Para la dispersión se necesitaba que los hubiera perseguido y acuchillado cualquier otro género de arma que la infantería, incapacitada de moverse como se moverán siempre los jinetes. Novecientos eran éstos en aquella ocasión, y novecientos muy granados. Bastábales querer para exterminar á los fugitivos é impedir el

avance de los sublevados por las orillas del río y por la calle de San Honorato. Pero no querían. El aire de la revolución entraba en todos aquellos pechos, y aunque vacilaban, absorbían este aire, cuyo soplo encendía con su oxígeno la sangre. Así pasaron toda la noche del nueve al diez, murmurando en voz baja y alta de los Reyes; y en cuanto los marseleses llegan al Carrousel por la mañana, lejos de refrenarlos y retenerlos, como estaba en su consigna y era su deber, los alentaron á este formidable grito: ¡viva la nación! En cuanto el primer cañonazo estalló, tocaron á botar sillas y subieron á caballo; mas quedándose allí en el patio como meros oyentes de una batalla, en la cual no quisieron ser ni espectadores. En vano recibieron órdenes de salir por la puerta sita bajo la columna del Louvre; cortar con sus cargas de caballería los peatones de Santerre; correrse luego á los Campos Eliseos para impedir el sitio intentado por los revolucionarios de San Marcelo al Palacio. Cuando recibieran tales órdenes hicieron lo que no pueden hacer las fuerzas armadas, sin desnaturalizarse y corromperse: deliberar como un Congreso. Y así, después de haber deliberado mucho, debiendo no decir nada, decidieron por la negativa, y notificaron á sus jefes que no les seguirían, resueltos á una verdadera neutralidad entre los realistas y los revolucionarios. En vano les llamaban malvados y cobardes sus jefes; en vano les decían que fueran á caracolear, como en parada, á los Campos Eliseos, cual paseantes en corte; aferráronse á su incomprensible neutralidad é indiferencia. En tal situación entraron los escapados de la vanguardia revolucionaria, dispersos por los suizos; con el pánico propio de la fuga; heridos muchos, vociferando todos en requerimiento de auxilio; y, al verlos, se dispersaron los gendarmes, y, sin querer directamente servir la revolución, mataron la Monarquía. Cuando recargaban sus armas los suizos para sustentar con mayor tenacidad la defensa; y los gentiles hombres, voceaban demandando que llamasen á las tropas reunidas en el Congreso y las juntasen á una con los destacamentos esparcidos por los alrededores de París; y la servidumbre del Rey alentaba el fuego excitando á tenaz resistencia, segura de su victoria; el Congreso en sus resoluciones supremas del destronamiento perseveraba mientras iban acercándose los truenos de la mosquetería y los estallidos del cañoneo que hacían retemblar todo el suelo y romperse las vidrieras, como si á tierra se viniese aquel edificio, y los exterminadores de sus ocupantes se aproximaron á cumplir las reales venganzas. Así, cada diputado, al oír tal estruendo apocalíptico y ver la persona del Rey con su familia real impasibles en la tribuna, cuando á sus pies tan horrible antropofágico sacrificio se consumaba, crisparon los puños, corriendo por sus cerebros exaltados la idea de inmolar al personificador de la Realeza tradicional antes que pudiera sacrificar éste á los personificadores de la soberanía del pueblo. Agitado el aire á las vibraciones de aquel estruendo; compitiendo los habituados á las tribunas en gritos de horror y muerte con los combatientes en las calles; impasible la Realeza delante del degüello, y quizás tomando parte activa en sus estragos

con el deseo; después de haberse Vergniaud erguido, como una funeraria estatua que se moviese y hablase, diciendo cómo debía cubrirse su cabeza de Presidente á la vista de aquel patrio duelo, se sienten los representantes del pueblo electrizados al influjo de los flúidos que despiden todas aquellas concentradas pasiones, y dispuestos á morir, ensordecen los oídos, atruenan las bóvedas, sobrepujan el cañoneo y la fusilería con este grito: ¡Viva la Nación! lanzado por todos puestos en pie y en actitud de levantar al cielo sublime juramento. El Rey conoce que tras aquel grito de vida puede un grito de muerte lanzarse y pide con expresivo ademán silencio al Congreso. El silencio se hace tan profundo como alto fuera minutos antes el estruendo. Luis XVI se levanta, y dice que ha mandado la orden expresa de cesar el fuego. Los historiadores monárquicos atribuyen tal orden á generosidad del Rey, á pesar de que tardara mucho tiempo en darla y oyera impasible caer los combatientes, unos enemigos de otros entre sí mismos, todos vasallos de la Monarquía. Mas, ya fuese, como quieren unos, que los arrebatos de la representación nacional aterrassen al Rey; ya fuese, como quieren otros, que Roederer le comunicase la siniestra noticia del asalto y rendición de las Tullerías; ya le moviese á la resolución suprema el ruego de un capitán suizo, llamado Turler, quien le mostró cómo se consumaba un inútil holocausto, en que sin resultado fluía ya como un arroyo la sangre de sus defensores por las escaleras del Palacio; ya cediese al terror promovido en su espíritu por el juramento parlamentario; ya sintiera un afecto de humana compasión profundísima, es lo cierto que mandó la orden de cesar el fuego, y al mandar esta orden, renunció allí mismo su corona, echó por los suelos el árbol secular de la vieja sacra Monarquía.

Y cuidado que pocos minutos en los anales de la revolución francesa tan solemnes como aquellos minutos extraordinarios. Ignorábase por todos quién había vencido, si la corte ó la libertad; el disparo de las fuerzas colocadas en el terrado fuldense á los rotos suizos parecía disparo de los suizos triunfantes al odiado Congreso; un terror pánico se dilatava por las tribunas, temerosos sus asistentes de que los ofreciera el vencedor, unidos con los diputados, en holocausto á los reyes ofrecido, cual un verdadero desagravio; por los pasadizos resonaban las armas blancas con vibraciones siniestras y se cargaban los fusiles para el común seguro hasta la boca; estremecíanse las puertas con redobladitos llamamientos hombres en furor; acercábanse los representantes al reclamo de aquellos fragores, creyendo con sus fuerzas morales impedir una invasión que no podían ya contrastar las fuerzas materiales; y entre tanto afecto depresivo, diciendo unos cómo convenía dejarse matar por el pueblo que los reuniera en aquel sacro recinto y otros diciendo cuán dulce les parecía ofrecerse como víctimas sobre los altares de la patria, conmueven todos al Congreso, quien se levanta como si fuera un hombre solo; extiende los brazos á las alturas en actitud sublime; ostenta el heroísmo de los que se han jugado con anti-

cipación á un gran esfuerzo la vida; comunicándose unos á otros la temeridad propia de cada uno, en la excitación prestada del ejemplo común, como se lo prestaron entre sí mutuamente los mártires ante las fieras del Circo; y al abrir el ángel de la muerte sobre las frentes aquellas sus alas, convinieron todos, por tácito universal asentimiento, en el despego de sus propios intereses y en las abnegaciones de su propio ser, hasta el extremo de sentir, ya salvos, la conservación de una existencia tan triste, después de haberse tendido á esperar el último golpe sobre las aras de un postrero fin religioso y sublime. Habíase producido este movimiento por el arribo inesperado de varios suizos que entraban, y que, buscando asilo entre los diputados, parecíanles á los diputados sus inmoladores y verdugos. Mientras tanto, el enviado por Luis XVI para ordenar la cesación del fuego, creía no llegar al punto donde se hallaban los combatientes. ¿Cómo atravesar incólume una distancia tan larga, cual aquella distancia que había entre la residencia del Congreso y la residencia del Monarca? Siéntese la más extraña conmoción en quien asiste desarmado y pacífico á una batalla, donde los combatientes llegan á exaltaciones de tal modo intensas que reciben y dan la muerte sin conocerlo, ni sentirlo. La ceguera de una rabia desoladora, el apasionamiento de unos corazones quebrando el escudo y armadura de sus respectivos pechos, el furor de un odio que aumenta las fuerzas y mantiene un estado magnético al cual suben los nervios hasta la mayor posible tensión, tamañas sobreexcitaciones materiales y morales tanto del cuerpo como del espíritu hacen que no sientan los batalladores, empeñados en una batalla, sírte de males, ni el mal que hacen en una indeliberación y una inconsciencia inevitables, ni el mal que reciben. Pero poned en medio de un combate cruentísimo embajador inerme, tranquilo por necesidad, mientras dementados por el esfuerzo aquellos á quienes se dirige; mediador entre opuestos bandos, los cuales han vertido, sacados del fondo de sus sendas arterias los unos por los otros, ríos de sangre que no conocen vado, ni permiten puente; invocando conceptos jurídicos en el menosprecio y olvido de todo derecho, afectos de conciliación en ánimos donde sólo reinan afectos de odio; y decidme luego, colocado en esta situación, cuánto padecería Hervilly desde la tribuna del Rey hasta el puesto de los helvecios. Considerad el cruce de los fuegos sobre su cabeza; la exposición de morir á los proyectiles que desafiaba con su atrevimiento, presentándoles por blanco su cuerpo; los heridos, que caían á su lado, convulsos y maldiciendo; el espectáculo de los que agonizaban imputando al jefe de aquel hombre su perdición y su desgracia irremediables; por una parte montones de muertos sobre armas rotas, por otra caballos que pasaban en desboque sin su montura, caída entre los cadáveres; por todas el humo de los incendios voraces y de las parciales batallas, que tendían la noche bajo aquella espléndida mañana; considerad todo esto; y decidme luego qué calle de amargura no recorrería, y qué pasión de todos los tormentos no sufriría un pacífico mensajero, como Hervilly, encargado de dila-

tar celeste iris de paz sobre los círculos infernales de la exterminadora guerra. Mucho se ha discutido el problema de los móviles á que obedeciera Luis XVI, dando la orden de cesar el fuego después que lo había oído impasible ó indiferente por tan largo tiempo. Del desarrollo de los sucesos, contados por mí, con los principales documentos del tiempo á la vista, se deduce que Luis XVI no diera la orden hasta que experimentara la ira del Congreso contra su persona y familia, y no temiera la inmolación de su persona y de su familia, verdaderos rehenes, al terror producido por la proximidad de los realistas en armas y por la imposición de una desesperadísima defensa, en que nadie podía esperar cuartel, mientras su enviado, Hervilly, quien atravesó con valor sublime entre los tiros cruzados y los sendos exterminadores combatientes, no comunicó la orden á los suyos, en tanto le quedó en el ánimo alguna esperanza de que vencieran, y sólo habló de paz al ver en irremediable rota la Monarquía y en irremisible vencimiento el Monarca.

Los expugnadores del Palacio y los resistentes al asalto estaban aún metidos en aquel infernal fuego, cuando se dió la orden de que cesara tanto combate y se retirasen al Congreso los leales al Monarca. Pero esta orden podía llegar á oídos de los que se hallaban cerca del ordenanza; podía, por medio de mensajeros, dilatarse algo más allende los cercanos; mas no podía, no, hasta todos extenderse, y menos explicarse con razones y recilbirse con calma. Uno de los coroneles próximos al mensajero, oído el Mensaje, congregadoscientos soldados más ó menos dispuestos á seguirle; echa los cañones montados en los espacios del vestíbulo á los espacios del jardín; se pone sereno en marcha regular hacia el Congreso, como si fuese á vistosa parada y no á seguro trágico fin. En dos columnas se dividieron, una que se dirigió al convento de los Fuldenses y otra que se dirigió á los Campos Elíseos. ¿Qué se proponen estos suizos? Nadie lo sabe, ni lo adivina siquiera, en los sitios apartados del Palacio por donde pasan, pues la orden de cesación del fuego no es conocida por los miicians que ocupan las terrazas y guarnecen los jardines. Para los realistas, ignorantes de la disposición real, aquello significaba una entrega irremediable de la Corte y sus defensores al enemigo; para los revolucionarios, menos al cabo de cuanto sucedía que los realistas aún, aquello significaba un ataque y asalto á la representación nacional. Así, el fuego de un lado y otro, después de tal marcha, en obediencia de la orden real, se aumenta, y los suizos, dispuestos de manera que parecían ir á una formación, caen segados por las balas en extrañísima y horrible matanza, sin serles posible, ni recurrir á ninguna defensa, ni responder con la muerte á la muerte. Y, ante un acto así, no tiene otra cosa la Historia que hacer, sino prodigar su admiración y su aplauso. ¡Cuán admirables mártires de la disciplina y de la ordenanza! Preciso no preguntarle á quien da con tal abnegación su vida por qué causa ó por qué motivo la da. No puede ir en lo humano moralmente más allá todo mortal en aceptar la muerte por los demás. Aquella tropa se retiró con una lentitud indicativa de su valor sobrenatural. Para que sus